

LA SEXUALIDAD DEL ADOLESCENTE

Dra. Alicia **González Hernández.**

Instituto Superior Pedagógico
Enrique José Varona

DESIGNADA DE MANERA SIMPLIFICADA COMO EL TRÁNSITO DE LA INFANCIA A LA ADULTEZ —LO CUAL NO DEJA DE SER ABSOLUTAMENTE REAL—, LA ADOLESCENCIA SE CARACTERIZA POR LA COMPLEJIDAD Y MAGNITUD DE LOS CAMBIOS Y PROBLEMÁTICAS A LOS QUE DEBERÁN ENFRENTARSE LOS CHICOS Y CHICAS INMERSOS EN ESA FASE DE LA VIDA, ENTRE ELLOS LOS CORRESPONDIENTES A LA ESFERA DE LA SEXUALIDAD.

El grupo etario denominado adolescencia transcurre aproximadamente, de manera flexible, según las particularidades individuales y contextuales, entre los 10 y 20 años.

La primera parte de este período del desarrollo de la personalidad abarca hasta alrededor de los 15 años y recibe el nombre de *adolescencia temprana*, mientras que la siguiente —cuyo límite se enmarca aproximadamente en los 20 años, o en el momento de la inserción en la actividad laboral, según muchos autores— se denomina *adolescencia tardía* o *juventud*.

La adolescencia es la fase de la vida de transformaciones más rápidas, profundas y radicales en todas las esferas (psicológica, biológica y social), sólo comparable con la infancia temprana, donde, desde el nacimiento hasta los 36 a 40 meses, el infante se convierte de un ser totalmente desvalido en un niño capaz de realizar por sí mismo la mayoría de sus funciones vitales, aunque naturalmente con la ayuda y apoyo del adulto.

En la situación del adolescente el salto se hace mucho más agudo y riesgoso, si tenemos en cuenta que al inicio de esta etapa, éste se encuentra bajo la autoridad y el control absoluto de los mayores y que, en unos breves años, deberá desarrollar las competencias que le permitan autodeterminarse, tomar decisiones trascendentales para él y quienes le rodean, a fin de poder desempeñarse



El primer beso, de William Bouguereau

de manera independiente y responsable en la vida de pareja, familiar, laboral y social en general.

No cabe duda de que el adolescente tiene el derecho de que se le prepare y se le abran los senderos para lograr el ejercicio de una vida rica, hermosa, plena de vivencias y experiencias. Y que esa vida cada vez más dependa de sus propios esfuerzos, opciones y decisiones, para cuya satisfacción deberá tener en cuenta no sólo sus intereses y necesidades, sino también las de su contexto social.

«La adolescencia es una faceta más de autodescubrimiento, de clarificación de la identidad y lógicamente, de construcción y maduración (...). Mientras el adolescente aprende a conducir y manejar sus diferentes posiciones es muy posible que se enfrente a choques, confrontaciones, cambios comportamentales, sumado a esto las pocas oportunidades otorgadas; por



esta razón pueden ser censurados y sancionados socialmente y calificados de improductivos, dependientes y desadaptados al medio...»¹

En tanto, su nueva situación social, el tránsito a través del conjunto de transformaciones internas y externas radicales a los que está sometido, suele encontrarse



sembrado de retos, desafíos y también obstáculos y escollos, generados muchas veces por los propios mayores, obstáculos que debe vencer para arribar a una adultez responsable y feliz.

En esencia los retos fundamentales que debe enfrentar y resolver el adolescente para culminar con éxito su crecimiento y maduración a lo largo de estas edades, se refieren a tres esferas esenciales de la vida:

- la profesional laboral
- la ideológica, ética y social
- de pareja y familiar

En condiciones educativas óptimas, desde el punto de vista psicológico, biológico y social, el adolescente accede gradualmente a un conjunto de adquisiciones que lo capacitan para este salto cualitativo trascendental en su existencia.

En el orden físico, en breve adquiere la constitución y un conjunto amplio de capacidades y habilidades que lo hacen apto para asumir un desempeño más efectivo en su desenvolvimiento en una variedad muy amplia y compleja de tareas y acciones que requieren de nuevas aptitudes corporales.

Desde el punto de vista intelectual, su pensamiento se hace cada vez más lógico y abstracto, reflexivo, lo que le posibilita explorar en lo más profundo de su intimidad psicológica, desarrollar su autoconciencia y autovaloración, arribar a un conocimiento cada vez más objetivo de quienes le rodean, y penetrar progresivamente en la esencia de su realidad circundante. De esta forma, paulatinamente, va conformado una cosmovisión, un conjunto de saberes, valores y actitudes hacia sí y su mundo que propicia su autorregulación más efectiva. Estos procesos estarán favorecidos por la riqueza afectiva y volitiva que alcanza progresivamente su vida psíquica.

Es incuestionable que ninguna de estas adquisiciones son ajenas a la vida social y educacional en particular; ellas son consecuencia y causa —a la vez— de los logros a que, en esta esfera, el adolescente arriba.

El sentimiento y la necesidad de independencia y autodeterminación que caracterizan su desarrollo y que lo motivan a buscar la satisfacción de estas necesidades, fundamentalmente en el grupo de sus iguales, y a poner ciertas «distancias» de la autoridad adulta, son mecanismos indispensables para su maduración psicológica y social. Sólo en la medida en que el adolescente logre, poco a poco, ir dando —bajo la guía de los mayores, pero cada vez más por sí solo— los pasos existenciales que le permitan adquirir los conocimientos, las capacidades, habilidades que lo preparen para la vida autónoma, podrá acceder a la adultez.

No obstante, si bien este tránsito debe ser fuente de vivencias muy enriquecedoras, suele estar minado de angustias, conflictos y contradicciones, algunas intrínsecas, generadas por el propio convulso desarrollo; pero en el mayor de los casos, muchas de estas afectaciones están motivadas por las incomprensiones y el mal manejo de las personas encargadas de su educación. Estas personas no sólo suelen desconocer e ignorar las transformaciones y posibilidades esenciales de la etapa, sino que anidan tabúes, temores, inseguridades con relación a ese «niño con apariencia y ansias de adulto» (así tienden a interpretar sus demandas), lo que los conducen a imponer regulaciones represivas, a cubrirlos con un manto protector que no se aviene con sus nuevas necesidades y posibilidades



y se convierten en un freno que engendra, no pocas veces, trastornos en su desarrollo.

Los estilos educativos autoritarios, el proteccionismo, la ignorancia o la negación de las naturales ansias de libertad y autonomía de estos chicos y chicas, les impide desplegar sus alas y emprender el necesario vuelo que los conducirán a vencer los retos y dificultades para alcanzar las mayores alturas en el crecimiento de su vida futura.

Es indispensable que los educadores nos convirtamos en la guía que los ayude a alcanzar la madurez indispensable, para que, finalmente, los adolescentes sean capaces de determinar por sí solos sus destinos existenciales, de trazar planes para el porvenir y convertirse en parte indispensable de las fuerzas transformadoras de éste en su vida personal y social.

La adolescencia, por todo lo expuesto, constituye una fase indudablemente difícil, de gran vulnerabilidad, que requiere atención especial. Sin embargo, de manera alguna debe ser considerada *per se* una etapa de crisis, rebeldía y rompimiento social; por el contrario, la propia historia del género humano demuestra que no han sido pocos los logros y triunfos, los aportes que ellos han brindado al crecimiento de la sociedad a lo largo de los siglos.

ENCUENTRO CON LA SEXUALIDAD

Si, como explicamos, para los mayores se hace muy difícil comprender el salto cualitativo que en todas las esferas de su existencia deben dar los y las adolescentes en tan breve espacio de tiempo, tradicionalmente les resulta mucho más difícil asimilar y propiciar las adquisiciones inherentes al área psicosexual de su personalidad. Son innumerables los mitos, tabúes, prejuicios y estereotipos sexuales que albergan y transmiten a los adolescentes las personas que les rodean. Relacionemos algunos de los que se han detectado en diversos estudios:

- Los adolescentes son niños con cuerpo e ínfulas de adulto.
- Son promiscuos sexuales.
- Los intercambios sexuales entre adolescentes son prematuros y afectan su desarrollo.
- La masturbación y el autoerotismo es dañino para su salud.
- Las relaciones coitales están bien para el varón pero no para la muchacha.
- Los juegos sexuales entre adolescentes de igual sexo expresan tendencias homosexuales permanentes e insuperables.

- Los adolescentes son incapaces de autorregular responsablemente su vida sexual.

- Los grupos de adolescentes sólo sirven para despertar en ellos ideas y comportamientos conflictivos e inapropiados.

- Los padres deben controlar y dirigir rigurosamente las conductas sexuales de los adolescentes, especialmente las de las muchachas.

Estos son apenas unos pocos ejemplos de la inmensa lista de preconceptos erróneos que albergan los adultos con respecto a la sexualidad de los adolescentes, y sobre la base de los cuales suelen organizar sus influencias educativas. De esta forma, se convierten, aun sin proponérselo, y a pesar de sus mejores intenciones, en la fuente de muchos de los conflictos y dificultades, de los trastornos que ellos pueden padecer en estas edades.

No se percatan de que la urna de cristal en la que los trataron de preservar durante la infancia, se convierte en estrecha y asfixiante para las y los adolescentes, atendiendo a sus nuevas necesidades y posibilidades psicosexuales y de su personalidad, posibilidades indispensables para poder formar y ejercitar las competencias físicas y espirituales que lo convertirán en un hombre o mujer pleno, realizado.

Conozcamos y evaluemos con mayor objetividad la sexualidad de los adolescentes.

Según cifras establecidas, aproximadamente el 25% de la población mundial y el 10% de la cubana se ubican en las edades enmarcadas en la adolescencia y han adquirido la capacidad reproductiva. Capacidad que suele ser mal manejada por muchos de ellos, en tanto, por lo general, no se les ha preparado para ser capaces de hacer un adecuado ejercicio de sus nuevas potencialidades sexuales, sin correr riesgos innecesarios. Tal capacidad física no implica en modo alguno capacidades psicológicas y sociales para enfrentar una maternidad o paternidad responsable y feliz.

Diversos organismos internacionales como el FNUAP, la OMS y otros, nos brindan datos elocuentes sobre el crecimiento de los y las adolescentes en muchos países del mundo, y la presencia de trastornos como: los embarazos, la maternidad y paternidad temprana, la nupcialidad o las uniones consensuales sin la requerida madurez, los abortos, las relaciones coitales prematuras, las infecciones de transmisión sexual y el SIDA; sin que podamos olvidar las consecuencias más o menos graves que para ellos y ellas, su familia y su contexto social implican estos fenómenos negativos.

La prevención y tratamiento de estos y otros trastornos sólo es posible a través de un efectivo proceso de educación y orientación que prepare a los y las adolescentes para gozar del derecho indiscutible de vivenciar y experimentar su sexualidad de manera plena y responsable, enriqueciendo así su personalidad y toda su existencia individual y social.

Con frecuencia, a muchos adultos —quienes desde la infancia temprana experimentan en carne propia el rigor de mitos, prejuicios y estereotipos sexuales, los que inconscientemente integran su cosmovisión—, llegado el momento de ejercer sus influencias educativas, les resulta en extremo difícil discernir qué es lo natural, apropiado e incluso necesario que, en materia de sexualidad, desarrollen y vivan las y los adolescentes. Es por eso que a continuación trataremos de hacer una breve descripción y análisis de las transformaciones y necesidades de la sexualidad inherentes a estas edades.

Al respecto es importante enfatizar que la referida caracterización destaca las adquisiciones comunes que, en términos generales, suelen presentar en forma típica la mayoría de los y las adolescentes; no obstante, no debemos olvidar que estos cambios sufren una particularización en cada ser humano asumiendo matices diferentes y muchas veces únicos, irrepetibles según su personalidad y su contexto sociocultural.

Si a partir de esta o cualquier otra caracterización psicosexual del adolescente, nos trazamos como meta medir su desarrollo aplicando la misma regla o norma, estaremos cometiendo la primera y más grave violación que nos conducirá al mayor de los fracasos.

No olvidemos que la sexualidad, al igual que toda esfera de la personalidad, tiene un carácter individual, singular, indispensable de tomar en consideración a la hora de organizar su formación y desarrollo.

LAS TRANSFORMACIONES

Pubertad proviene del latín *pubertas*, cuya significación es edad fértil; luego, es la etapa caracterizada por un conjunto muy amplio de transformaciones anatómicas que culminan con la madurez biológica y reproductiva. Comúnmente éste es el fenómeno biológico que da inicio a la adolescencia.

En unos pocos años —en particular, en los más tempranos de esta etapa (cuando aún es psicológicamente muy inmaduro)—, el adolescente se convierte físicamente en un *adulto en apariencia*, capaz de engendrar hijos y de

disfrutar de la vida erótica en solitario y en pareja. De tales cambios y de su nueva situación social se derivan las primeras y trascendentales adquisiciones psicosexuales.

El chico y la chica púber observan y son conscientes de que su cuerpo se transforma y adquiere capacidades adultas en dos sentidos fundamentales: como vía de procreación y, lo que es lo más importante para él, como vía de disfrute sexual y de atracción física erótica y espiritual para otras personas, no sólo de sus pares sino para los mayores.

De esta forma, el cuerpo adquiere una nueva significación para el adolescente que estructura y desarrolla una imagen corporal diferente, llena de vivencias, conflictos y satisfacciones, las que actuarán directamente en el desarrollo de su autoestima enriqueciéndola o lesionándola según el caso. Esta transformación corporal unida a su desarrollo psíquico general da origen a lo que se denomina el *sentimiento de adultez*, o la necesidad de ser y comportarse como los mayores, de reproducir sus conductas y manifestaciones en general y sexuales en particular, lo cual trae aparejado el desarrollo de intereses referidos a todas las cuestiones de la vida sexual, de pareja, familiar y reproductiva.

En el trasfondo de estos procesos, la actividad gonadal desencadena deseos e impulsos sexuales (la libido) más o menos vehementes en la muchacha y el muchacho que son estimulados por sus propias fantasías eróticas y las de sus coetáneos, quienes en estas edades constituyen la motivación social esencial de su vida.

Rápidamente, ellas y ellos comprenden que la casi totalidad de las zonas de su cuerpo, y en especial los genitales, responden a estímulos erógenos somáticos o psicógenos, y entran en una fase de *experimentación sexual*, caracterizada por el deseo intenso de disfrutar de la más amplia variedad de vivencias eróticas y espirituales, lo que desencadena una búsqueda activa de experiencias eróticas que los motivan al ejercicio progresivo de su sexualidad.

Ávidos de la independencia y la autodeterminación, de tomar las riendas de su vida sexual y general, de asumir posturas y actitudes independientes de los adultos, los y las adolescentes —con frecuencia, por su poca madurez— se ven imposibilitados de alcanzar estos fines por sí solos, por lo que recurren al apoyo y seguridad del grupo de sus iguales. Primero de un grupo compuesto por chicos o chicas de su mismo sexo, con los que se sienten más cómodos que con los del otro sexo. Estos últimos, por lo general, son el objeto de su atrac-

ción, pero aún carecen de las habilidades y las vías efectivas de interacción y convivencia que facilite una buena comunicación entre ellos.

En estas etapas primarias, en que las y los adolescentes experimentan física y psicológicamente la necesidad de experiencias sexuales y no están aptos aún para el inicio de los juegos intersexuales, solo pueden encontrar su satisfacción a través del autoerotismo y la masturbación. ¿Son estas manifestaciones nocivas para la salud física y mental de las y los adolescentes?

Las investigaciones a nivel mundial demuestran que aproximadamente uno de cada tres adolescentes—más frecuente entre los varones—practican durante años y especialmente en las edades más tempranas de esta etapa la masturbación y otros juegos con diversas zonas erógenas de su cuerpo; tales manipulaciones no sólo son inocuas sino beneficiosas por diversos motivos.

En las etapas incipientes de la pubertad, en que los impulsos sexuales suelen ser muy vehementes, y el chico o chica no está preparado, o no puede aún acceder a los juegos sexuales de pareja, encuentra en estas prácticas solitarias una vía de descarga de tensiones físicas y psicológicas acumuladas. Descarga que le permite alcanzar la necesaria catarsis y relajación indispensable para su concentración en la gran diversidad de actividades escolares, sociales y de otros órdenes.

Por otra parte, el autoerotismo es una fase inicial fundamental, pues es a través de estas prácticas solitarias que el ser humano aprende a conocer más profundamente las capacidades erógenas de su cuerpo, que ejercita y desarrolla la función del orgasmo y se prepara para el próximo paso de esta fase experimental: el establecimiento de los vínculos de pareja.

La necesidad o el sentimiento que impulsa al individuo a iniciar las relaciones de pareja (denominada *necesidad de pareja* y que caracteriza esta etapa), surge, en especial en los medios latinos, desde muy temprano en la preadolescencia, y se expresa claramente en los juegos y conversaciones de los niños y niñas en los que no sólo hacen referencias a sus vínculos de noviazgos con otros niños, sino que comienzan a experimentar enamoramientos platónicos plenos de inocencia y candor.

Con la nueva situación social del adolescente y el desarrollo de la libido, esta *necesidad de pareja* se reestructura y crece para dar origen a un conjunto de emociones y sentimientos que se expresan mediante los llamados enamoramientos, entusiasmos, polóleos o cortejos sexuales, propios de estas edades. Tales manifestaciones, que mezclan la realidad con la fantasía, los sentimientos amorosos y eróticos con la actividad lúdica, en muchos casos durante un período más o menos largo, no suelen pasar de los acercamientos y contactos superficiales y platónicos. La inmadurez y la timidez de estas edades generalmente no les permite más, pero en este juego comienzan a desarrollar las habilidades de la comunicación con la pareja.



ES IMPORTANTE QUE LAS PERSONAS QUE CONOCEN DE LAS PRÁCTICAS HOMOSEXUALES DE LAS O LOS ADOLESCENTES NO GENEREN SENTIMIENTOS DE CULPA EN ELLOS; POR EL CONTRARIO, SE LES DEBE HACER CONOCER QUE ESAS CONDUCTAS SUELEN SER TRANSITORIAS Y EN LA INMENSA MAYORÍA DE LOS CASOS SE TRADUCEN EN UN FUTURO, CUANDO ENCUENTRAN LA PAREJA IDÓNEA, EN UNA RELACIÓN MIXTA.



En el transcurso de estos tímidos intercambios sexuales, el y la adolescente—que de manera usual aún no accede a los grupos mixtos—reafirma y estrecha los vínculos con un pequeño grupo de muchachos o muchachas de su propio sexo, y en particular con uno de ellos, que se convierte en su amigo más íntimo, prácticamente en su *alter ego*, su *otro yo*, el espejo en el que

se mira y con el que comparte sus intimidades, preocupaciones, necesidades, intereses y angustias, y con el que puede llegar a tener un nivel de compenetración y confianza muy profundos.

No es nada inusual—e incluso, según demuestran las investigaciones, es frecuente en todas partes del mundo—que en las etapas iniciales de la adolescencia, en que el erotismo, la libido de estos chicos y chicas no está aún orientada de manera estable hacia un objeto definido hombre o mujer, encuentre una vía de expresión y satisfacción en los intercambios y jugueteos, que casi siempre inocentemente se producen con estos amigos más íntimos de su mismo sexo.

A diferencia de lo que se suele considerar, estas prácticas ni son patológicas, ni expresan, en la mayoría de los casos, una tendencia homosexual. Son una forma más de ejercitar la función sexual, de orientar sus impulsos sexuales, aún no direccionados. «El hecho de tener algún contacto homosexual en la adolescencia temprana o tardía, no significa necesariamente que la orientación del deseo sea o vaya a ser homosexual. Numerosos fac-



tores pueden favorecer este tipo de contactos sin presuponer dicha orientación sexual: entre éstos la falta de posibilidades de tener conductas heterosexuales, miedo a relacionarse con las personas del otro sexo, curiosidad por conocer el cuerpo del otro, etc.».²

La práctica cotidiana demuestra que estas experiencias —si reciben una adecuada orientación psicopedagógica— deben devenir, cuando llegue el momento propicio, una relación heterosexual y que, de no ser así, es importante que comprendan que el homosexualismo, siempre que se exprese de manera responsable, es una variante sana de expresión de los deseos sexuales y espirituales.

En estas circunstancias es importante que las personas que conocen de las prácticas homosexuales de las o los adolescentes no generen sentimientos de culpa en ellos; por el contrario, se les debe hacer conocer que esas conductas suelen ser transitorias y en la inmensa mayoría de los casos se traducen en un futuro, cuando encuentran la pareja idónea, en una relación mixta. Son las sanciones y los complejos de culpa que les inculcan los otros muchachos y los propios adultos los que los confunden y en ocasiones desvían sus tendencias sexuales reales.

Después de un período de juegos sexuales solitarios o de intercambios eróticos superficiales con sus amigos del mismo o el otro sexo, se comienza a consolidar la verdadera *necesidad o actitud de pareja*, caracterizada por la búsqueda activa y vehemente de una persona con quien compartir los vínculos físicos y espirituales cada vez más complejos y profundos. Esto es propio de las edades finales de la adolescencia temprana y todo el transcurso de la tardía o juventud.

El proceso de desempeño y ejercicio de las funciones y capacidades de la respuesta sexual femenina y masculina, y el necesario acoplamiento que ella requiere para que tanto el hombre como la mujer logren alcanzar el clímax del placer físico y espiritual que constituye la cúspide del disfrute físico y la compenetración afectiva, requiere —como preludeo— de una larga y progresiva *fase de experimentación* sexual que va desde el autoerotismo y las formas más simples de intercambios eróticos a las más complejas.

El tránsito desde el autoerotismo y los enamoramientos platónicos hasta las uniones coitales debe ser un proceso paulatino, lento, gradual, que puede ser comparado con el ascenso por una escalera que el adolescente debe subir peldaño a peldaño, sin apresuramientos o saltos innecesarios, arribando con seguridad

y satisfacción a cada nuevo nivel, cada vez más pleno y mejor preparado, para que cuando, alcance su destino de la mano de su pareja, ambos puedan vivenciar todo el placer y la felicidad que una vida sexual madura y responsable les puede ofrecer.

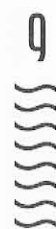
Para que este nuevo vínculo no sólo enriquezca su sexualidad, sino que nutra las restantes esferas de su vida, es necesario que aprendan a disfrutar de toda la hermosura y la dicha que les reporta la sexualidad compartida de manera responsable, sin riesgos ni incertidumbres.

Cuando, por el contrario, y como le sucede a muchos chicos y chicas, su iniciación y desenvolvimiento sexual es prematuro y apresurado, quemando etapas, ya sea por su preparación insuficiente u otros motivos como las presiones externas a la pareja y de los amigos amigos, o simplemente por curiosidad, esto suele traerles serias consecuencias en su desarrollo psicosexual que se traducen en los embarazos, la maternidad, los matrimonios precoces, los abortos, las disfunciones sexuales, entre otros frecuentes trastornos.

Las experiencias sexuales progresivas en la adolescencia no sólo son típicas, necesarias e inocuas en estas edades (cuando están bien orientadas), sino que tienen una función fundamental en el desarrollo y consolidación de los componentes psicológicos de la sexualidad: *la identidad y el rol de géneros y la orientación sexoerótica*, y con ellos en el proceso de autoafirmación como seres sexuados.

El ejercicio del autoerotismo y de las formas iniciales de las relaciones de pareja, le permite al adolescente descubrir un caudal inagotable de potencialidades y posibilidades humanas ligadas a todos los aspectos de su sexualidad: no sólo, ni principalmente eróticos, sino también y en particular espirituales, intelectuales, emocionales y sociales referidos a su personalidad y a los vínculos y relaciones con los otros y su mundo. Procesos estos que sientan las bases para la consolidación de su masculinidad o feminidad y el desarrollo de su autoestima.

Cuando el adolescente toma conciencia de los logros que en la vida sexual de pareja, familiar y social va alcanzando; cuando, cada vez más se siente reconocido, respetado por sus padres, por los mayores y por sus coetáneos; cuando se sabe objeto de atracción física y de afectos y disfruta de los intercambios sexoeróticos; cuando descubre que puede, si se lo propone, penetrar en el mundo de los adultos y moverse cada vez con mayor soltura y seguridad entre ellos; entonces, como consecuencia de todo ello, se produ-



cirá un proceso de autoafirmación que favorece y refuerza la estimación de sí mismo(a).

«Es imposible disfrutar de una sexualidad gratificante, responsable, constructiva, autónoma y libre si no adquirimos desde la niñez las habilidades sociales necesarias para afirmarnos a nosotros mismos y si no estructuramos desde una temprana edad una sólida y fuerte autoestima».³

El proceso de desarrollo y afirmación sexual en la adolescencia, como explicamos antes, a su vez se traducirá directamente en la estabilización de su identidad genérica, de su autovaloración y autoconciencia como ser masculino o femenino, lo que le permitirá consolidar de manera más permanente sus formas particulares de expresarse como hombre o mujer (roles de género) y el sentido de sus impulsos sexuales hacia un sexo u otro (orientación sexoerótica).

La reafirmación y estabilización de estos componentes psicológicos de la sexualidad, como resultado del sistema de transformaciones trascendentales psicosexuales y generales que se efectúan en estas edades, convierten a la adolescencia en un período sensitivo del desarrollo de la esfera psicosexual de la personalidad.

Quiere esto decir que del modo en que transcurran las adquisiciones y cambios inherentes a la etapa dependerá —en gran medida— que en las edades sucesivas y en el resto de su existencia, el individuo logre alcanzar la integridad en la calidad de sus expresiones y formas de realización como ser sexuado, como hombre o mujer pleno, auténtico y realizado en la vida personal, de pareja, familiar y social.

Esa frase a veces formal que, sin atribuirle mucho sentido, repetimos los adultos sobre la adolescencia como el «tránsito de la infancia a la adultez», no sólo encierra una verdad incuestionable, sino que contiene una cantidad tan grande y profunda de transformaciones cualitativas y cuantitativas en cada una de las esferas de su vida y, en especial, en la sexual, que no solemos comprender y mucho menos apoyar y propiciar.

Por el contrario, con frecuencia todo aquello que es natural y necesario en estas edades resulta sancionado, reprimido por los educadores. La tendencia sexofóbica, mitificadora y «tabuizante» que tradicionalmente ha movido las normas morales educativas del género humano, suele exacerbarse en los métodos de control y represión de la sexualidad de las y los adolescentes, a fin de «preservarlos» de los daños que pueden acarrearles los intercambios sexuales.

Sus ansias naturales de independencia y libertad, su necesidad y su derecho de acceder paulatinamente a una sexualidad plena, libre y responsable, encuentran en la mayoría de los casos la oposición de los modelos sexuales estereotipados, esquemáticos y sin alternativas que les imponen todas las fuerzas sociales.

Estos modelos rígidos, polarizantes y discriminativos, se convierten en una camisa de fuerza que encarcela y reprime sus tendencias y aspiraciones personales más ricas y valiosas, y los toman en esclavos de normativas sin sentido para ellos, y, como tal, constituyen desencadenantes de los más diversos trastornos y problemas sexuales y sociales no siempre factibles de superar.

La adolescencia, en condiciones tales, es que deviene en una etapa de crisis y riesgo, con muchas posibilidades de ser vulnerable a los «peligros» de la vida sexual.

En estas circunstancias, el adolescente se enfrenta a un mundo de nuevas y más complejas necesidades, retos y obstáculos, sin que desde las etapas tempranas y, en especial a lo largo de estas edades, se les haya preparado armándolos de las capacidades, los saberes, habilidades... en fin, de las competencias que les posibilite integrarse en forma exitosa, satisfactoria, al universo de los adultos.

«La adolescencia, al contrario de la opinión de muchos, está llena de coherencias, de construcciones frente a la vida, de movimientos, de argumentos, intereses y compromisos; por esta razón es considerada como un período privilegiado en el cual se adquieren y fomentan valores sociales y normas que le permitirán al joven un adecuado desenvolvimiento en todos los espacios de su vida cotidiana. Es importante entonces abrir espacios a los adolescentes en los cuales puedan empezar a reconocerse independientes, autónomos, sujetos reales; esto permitirá que se encuentren con los adultos sin rivalizar».⁴

Ése es nuestro desafío como educadores: convertirnos en su guía espiritual, en la fuente donde podrán, siempre que lo necesiten, beber de nuestras experiencias, sin que se les obligue a dejar de ser lo que potencialmente son, para reproducir mecánicamente nuestros modelos, no siempre acordes a sus tendencias y aspiraciones personales y a la época que les ha tocado vivir.

Nuestra máxima aspiración es potenciar en los y las adolescentes una vida sexual y social placentera, plena y responsable, a través de los senderos que ellos mismos se propongan y sean capaces de trazar.

Es en este sentido que dirigimos nuestro compromiso y nuestros mayores esfuerzos.

(((Bibliografía)))

- ¹ **COLECTIVO DE AUTORES:** *Sexualidad en la adolescencia*. Segundo seminario colombiano. Asociación Salud con Prevención. Colombia, 1993.
- ² **LÓPEZ, F. Y FUERTES, A.:** *Para comprender la sexualidad*. Editorial Verbo Divino, España, 1989.
- ³ **ROMERO, L.:** *Afirmación personal, autoestima y educación sexual del adolescente*. Centro de Asesoría y Consultoría. Barranquilla, Colombia, 1993.
- ⁴ **COLECTIVO DE AUTORES:** *Sexualidad en la adolescencia*. Segundo seminario colombiano. Asociación Salud con Prevención. Colombia, 1993.

))))))

- ALLER ATUCHA, L.M.:** *Pedagogía de la sexualidad*. Editorial Galerna, Buenos Aires, 1991.
- y **RUIZ SCHIAVO, M.:** *Sexualmente Irreverentes*. Edición Comunicarte, Brasil 1994.
- CASTRO ALEGRET P. L. Y OTROS:** «Hacia una sexualidad responsable y feliz», en *Para ti adolescente*. Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1998.
- COLECTIVO DE AUTORES:** *La actividad sexual y la maternidad entre las adolescentes en América Latina y el Caribe: Riesgos y Consecuencias*. Population Reference Bureau. Proyecto de Encuestas Demográficas y de Salud y la División de Salud Reproductiva de los Centros para el Control de Enfermedades. U.S.A., 1992.
- OPS Y OMS:** *Fecundidad en la adolescencia. Causas, riesgos y opciones*. Cuaderno Técnico No. 12. E.U.A., 1988.
- “Sexualidade na adolescencia”. Revista *Sexología*, Año 2, Número 1, Órgano Oficial do Instituto Cavalcanti.
- PICK DE WEISS, S. Y COLL:** *Planeando tu vida*. Programa de educación sexual para adolescentes. Mexfam, México, 1988.
- NEWLAND, K.:** *La mujer en el mundo moderno*. Editorial Alianza Universidad, Madrid, 1982.
- EICHER, W.:** *Sexualidad normal y patológica en la mujer*. Ediciones Morata, Madrid, 1978.
- MARTÍN-GAMERO, A.:** *Antología del feminismo. Introducción y comentarios*. Editorial Alianza, Madrid, 1975.
- CASTELIANOS, B. Y GONZÁLEZ, A.:** *Sexualidad humana, personalidad y educación*. Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1995.
- : «Sexualidad sana y feliz». Capítulo de la versión cubana del libro de la UNICEF *Para la vida*. Editorial Pueblo y Educación, 1992.
- : *Un modelo procesal participativo para una educación sexual alternativa*. CIFPOE, 1994.

- GONZÁLEZ HERNÁNDEZ A.:** «Una Pedagogía de la Diversidad y la Equidad», en Revista *Varona*, No. 26-27, Enero-Diciembre, la Habana, 1998.
- , **CASTELIANOS SIMONS, B. Y OTROS:** «Estereotipos sexuales: masculinidad y femineidad en la edad escolar», en Revista *Educación*, No. 82/mayo-agosto, 1994, La Habana, Cuba.
- , **CASTELIANOS SIMONS, B. Y OTROS:** *Hacia una Sexualidad responsable y feliz*. Documento Teórico-metodológico. Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1998.
- : *Hacia una sexualidad responsable y feliz*. Para Maestros y maestras de Secundaria Básica. Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1998.
- y **CASTELIANOS SIMONS, B.:** *Sexualidad y género. Hacia su reconceptualización y educación en los umbrales del tercer milenio*. Editorial Magisterio, Colección Mesa Redonda, Santa Fé de Bogotá, Colombia.
- : *Fundamentos y problemas de la educación y la pedagogía sexual*. Resumen de Tesis Doctoral. Impresión Ligera, ISPEJV, La Habana, 1994.
- : *La Educación sexual alternativa frente a la educación sexista*. Publicaciones CESOFTE, La Habana, 1993.
- : *Homosexualismo ¿variante o desviación sexual?* Publicaciones CESOFTE, La Habana, 1994.
- WILLI, J.:** *La pareja humana: relación y conflicto*. Ediciones Morata, Madrid, 1985.
- HITE, S.:** *El informe Hite sobre la sexualidad masculina*. Editorial Plaza & Janes, Barcelona, 1981.
- GIRALDO NEIRA, O.:** *Explorando las sexualidades humanas*. Colombia, 1990.

